

El príncipe Myshkin y el problema de la comprensión

Emil Dimitrov

Resumen

En este artículo se lleva a cabo la interpretación de un hecho particular en la novela de F. M. Dostoievski *El idiota*, es decir, que el príncipe Myshkin está dotado de una «comprensión total»: no sólo comprende las palabras, sino también los gestos y las acciones de los demás personajes. Para tal fin, se muestran los rasgos de la hermenéutica del príncipe Myshkin, entre los que se destacan la «apertura al encuentro» y el «sentido de la alteridad». A continuación, se sistematizan numerosas condiciones de la comprensión, así como su método: la penetración. Por último, se presta especial atención a la dialéctica de la comprensión del príncipe Myshkin y a sus límites, esto es, se destaca qué es aquello que él *no* puede comprender. Toda esta problemática de la comprensión se considera a la luz de la hermenéutica del siglo XX (H.-G. Gadamer) y del pensamiento ruso (V. Ivanov y P. A. Florenski). El artículo defiende la tesis de que, a un nivel profundo, la comprensión está conectada con la aceptación y, por ende, no es un acto cognitivo «puro», sino un gesto cognitivo-existencial: sólo podemos comprender lo que podemos aceptar.

Palabras clave: comprensión, hermenéutica, encuentro, sentido de la alteridad, penetración, unidad de la naturaleza humana.

Nuestro tema aún no ha sido tratado en la investigación, a pesar de que se refiere a una cuestión bastante obvia no sólo para los conocedores y estudiosos de la literatura, sino también para todos *los lectores* de la novela *El idiota*: que su protagonista, el príncipe Lev Nikoláievich Myshkin, está dotado de una especie de *comprensión total* (*всепонимание*), de *omnisciencia* (*всеведение*) del sentido de las palabras, de los gestos y de las acciones de otros personajes, incluso del sentido casi «oculto» y secreto de los acontecimientos.

¿En qué se expresa la comprensión total del príncipe Myshkin? En el hecho de que comprende absolutamente *todo*: comprende las situaciones de la vida y sus consecuencias. En otras palabras, el autor dota al príncipe Myshkin de una especie de *plétora de visión y de comprensión*. Esto lo notan los otros personajes de la novela. Así, por ejemplo, Keller le dice:

Tened piedad, príncipe: hay en vos tal sencillez, tal inocencia, inauditas incluso en la edad de oro y, de repente, al mismo tiempo, penetráis, como una flecha, en el hombre con una profunda psicología de la observación (8, 258).

Intentemos formular de manera provisional algunos de los rasgos más importantes de la «hermenéutica» del príncipe Myshkin.

En primer lugar, el príncipe Myshkin comprende porque está abierto al encuentro, sale al encuentro de todos: *la apertura al encuentro* es la base ontológica del diálogo y de la comprensión¹. Esto es exactamente *lo que* dice el príncipe en su confesión en el salón de Yepanchín: «Ahora voy al encuentro de la gente; es posible que no sepa nada, pero ha empezado una nueva vida» (8, 64).

En segundo lugar, el príncipe Myshkin comprende porque en él hay una especie de *sentimiento de la alteridad*, es decir, no se proyecta sobre las cosas, sino que las capta en su singularidad (*своеобразии*), en su objetividad (*предметности*): para comprender algo, el hombre tiene que comprenderlo exactamente como lo que es y no como si fuera otra cosa. Según uno de los clásicos de la hermenéutica filosófica del siglo XX, H.-G. Gadamer, «lo que nos incita a comprender debe haber salido ya a la luz en su alteridad. Lo primero con lo que empieza la comprensión es que algo nos habla» (Gadamer 1991, 81). Por lo demás, el propio príncipe Myshkin toma conciencia de su propia alteridad: «Yo... he sido feliz de otra manera» (8, 57).

En tercer lugar, para el príncipe Myshkin el mundo está cargado de *sentido* y, por eso, puede y debe ser comprendido: no se puede comprender el sinsentido, sólo se puede mostrar. La comprensión no es sólo una forma de alcanzar y descubrir el sentido, una «herramienta» de su cognición, sino una forma de ser de las cosas que tienen sentido por sí mismas: las cosas son comprendidas porque están abiertas a la comprensión.

En cuarto lugar, el príncipe Myshkin comprende porque *responde*: no sólo responde a las preguntas de sus interlocutores, sino que él mismo es, por así decirlo, una especie de respuesta a cuestiones importantes. Gadamer afirma que «el hombre no emite juicios, sino que responde a preguntas. Pero responder a una pregunta significa tomar conciencia de su sentido y, por consiguiente, de su base motivacional» (Gadamer 1991, 56). Como veremos más adelante, el príncipe Myshkin no se limita a *tomar conciencia* del sentido de la pregunta, sino que lo capta porque mantiene su conexión con el interrogador. La comprensión es antropológica: el príncipe Myshkin acepta al interrogador, por lo que toma conciencia del sentido de sus preguntas.

¹ Véase mi artículo dedicado a esta cuestión (Димитров 2012). La problemática de la comprensión es una parte necesaria e importante de mi teoría de la ontoepéica de Dostoievski (véase Димитров 2011).

Pero, ¿cómo comprende el príncipe Myshkin? ¿En qué consiste el secreto de su comprensión total? Siguiendo el espíritu de Descartes, comenzaremos con «el razonamiento sobre el método». *El método* de comprensión del príncipe es la penetración: «penetráis en el hombre» (8, 258), le dice Keller al príncipe. ¿Qué es la penetración? La mejor respuesta a esta pregunta la encontramos en las palabras de V. Ivanov quien, en su famoso artículo «Dostoievski y la novela trágica» (1911), ofrece la interpretación clásica de la penetración:

La cognición no es la base del realismo defendido por Dostoievski, sino la «penetración»: no en vano, a Dostoievski le encantaba esta palabra y derivó de ella otra nueva: «penetrante». La penetración es una especie de *transcensus* del sujeto, un estado del ser en el que se hace posible percibir el yo del otro no como objeto, sino como otro sujeto. No se trata de una extensión periférica de los límites de la conciencia individual, sino de una especie de movimiento en los centros mismos definitorios de su coordinación habitual; y la posibilidad de este desplazamiento se revela sólo en la experiencia interior, a saber, en la experiencia del verdadero amor por el hombre y por el Dios vivo y en la experiencia de la autodesvinculación de la personalidad, ya experimentada en el propio *pathos* del amor. El símbolo de tal penetración reside en la afirmación absoluta, con toda la voluntad y con todo el entendimiento, del ser del otro: «tú eres»². (Ivanov 1987: 419)

La penetración es un don que no puede aprenderse ni enseñarse, de ahí esa cierta irracionalidad en la comprensión, la cual es posible como «iluminación», como «la revelación del sentido de repente (εδρυζ)» (una de las palabras favoritas de Dostoievski). Si el príncipe, con su poder de penetración, comprende a los demás personajes, éstos, a su vez, intentan comprenderlo a él; aquí existe una especie de rivalidad en la interpretación.

Si el método de comprensión, es decir, la penetración no se puede aprender, entonces, según el autor de *El idiota*, hay algunas «condiciones necesarias» para la comprensión. Intentemos sistematizarlas.

La primera condición de la comprensión es la *inocencia* de la persona que comprende, su pureza moral. El que comprende ve al comprendido por encima de las barreras de la culpa y del pecado, lo contempla no *a la luz* del paraíso, sino como *desde* el paraíso. La inocencia del príncipe Myshkin es advertida por Keller: «¡Oh, príncipe, de qué manera tan santa e inocente, se diría que pastoral, seguís viendo la vida!» (8, 257). Un poco más adelante, este mismo personaje modifica esta idea: «Oh, príncipe, hasta qué punto seguís, por así decirlo, comprendiendo al hombre a la manera suiza» (*ibíd.*). La comprensión «a la manera suiza» del

² Sobre la fórmula «tú eres» como «denominador común» entre las interpretaciones de V. Ivanov y M. Bajtín de la obra de F.M. Dostoievski y como fundamento ontológico de la concepción del «dialogismo», véase Махлин 2016.

príncipe Myshkin es la comprensión del hombre a la luz de la experiencia del héroe adquirida en Suiza. Esta experiencia atestigua la posibilidad de construir un mundo infantil de felicidad y comprensión. *La infantilidad* es otro modo de expresar la inocencia; este rasgo del príncipe recibe una atención considerable en las autocaracterizaciones del héroe. Según el príncipe Myshkin, es precisamente de los niños de donde se puede aprender la comprensión: «lo comprenden todo» (8, 58); se trata de los niños con los que el príncipe Myshkin se relaciona, a los que enseña: «Los niños lo comprenden todo conmigo y con él [es decir, con el maestro Thibaut – E.D.] casi nada» (*ibíd.*). Los niños no sólo enseñan la comprensión, sino que también ayudan a la recuperación espiritual: «a través de los niños el alma se cura» (*ibíd.*); el trato con los niños conserva el alma pura y ésta es una condición para la comprensión.

El príncipe Myshkin no sólo se relaciona con los niños y aprende de ellos, sino que también se reconoce a sí mismo como un niño, es decir, como un adulto con una estructura anímica infantil: «Él [es decir, Schneider – E.D.] estaba completamente convencido de que yo soy un verdadero niño, es decir, completamente un niño, que soy igual que un adulto sólo en altura y en el rostro, pero que por mi desarrollo, por mi alma, por mi carácter y, tal vez, incluso por mi mente no soy un adulto; y así seguiré siéndolo, aunque viva hasta los sesenta años» (8, 63). La infantilidad del príncipe también determina su círculo social: «A mí en realidad no me gusta estar entre adultos [...] no me gusta porque no sé cómo» (*ibíd.*), por eso «mis amigos siempre han sido los niños, pero no porque yo fuera un niño, sino porque simplemente me sentía atraído hacia los niños» (*ibíd.*).

Es interesante notar que el príncipe Myshkin se relaciona precisamente con ciertos personajes en el plano de la infancia: «¡Qué niños somos todavía, Kolia! Y... y... ¡qué bien que seamos niños! – exclamó finalmente con entusiasmo» (8, 424). Lizaveta Prokófievna también es una niña en su alma, que es como la ve el príncipe Myshkin: «Sois una verdadera niña en todo, en todo, en todo lo bueno y en todo lo malo, aunque tengáis los años que tengáis» (8, 65). La madre de Aglaia también está dotada de penetración y sujeta a la comprensión y, por eso, como se ve al final de la novela, es ella quien comparte la soledad del príncipe; le acompaña en su último viaje. Lizaveta Prokófievna es la compañera del príncipe Myshkin tanto en la comprensión como en la soledad.

Es bien sabido que el Evangelio y, en general, el Nuevo Testamento son una especie de metatexto de *El idiota* y de toda la obra de Dostoievski (véase *El Evangelio de Dostoievski*, 2010). Al plantear la cuestión de que la inocencia y la infantilidad del Príncipe constituyen la base y el fundamento de su comprensión no es difícil escuchar la frase evangélica del

Salvador: «Jesús dijo: Te glorifico, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque Tú has ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y se las has revelado a los niños» (Mateo 11:25; Lucas 10:21).

De ahí que, en contra de la opinión generalizada, la «experiencia» vital se oponga a la auténtica comprensión: «pues sé que soy el que menos ha vivido y el que menos comprende en la vida de todos los que hay aquí» (8, 53) –por «comprensión de la vida» se entiende el significado habitual de la palabra «el conocimiento de la vida» y de sus leyes. En efecto, la experiencia de la vida es una acumulación de hábitos y estereotipos como si nos «prohibieran» y nos advirtieran de cometer errores antiguos: «aquí en tal situación hay que hacerlo así y, en esta otra, hay que hacerlo de manera distinta». La comprensión está «al otro lado» de lo habitual, es el riesgo de abandonar el mundo conocido de los hábitos con su sistema rígido y definido de coordenadas. La comprensión no es el resultado de la experiencia, sino de una *ruptura*.

La tercera condición para comprender al príncipe Myshkin es su *idiotismo*, que proporciona una «distancia crítica» en la comprensión: no se puede comprender este mundo siendo parte integrante de él. La comprensión del mundo está asociada a una especie de transcendencia, así como a su superación. He aquí por qué es tan importante la circunstancia de que el príncipe Myshkin sea como «no de este mundo»: *ha venido a este mundo para comprenderlo*.

Para Dostoievski, el idiota (es decir, el que está alejado de los demás, el que se encuentra como al margen de la sociedad) es una especie de metonimia del profeta; un profeta es el que vaticina el destino (*προ-ποκ*)³ y su «vaticinio» es posible sólo porque hay «una plétora de comprensión»: el profeta comprende el curso oculto de las cosas. En el idiotismo del príncipe Myshkin también resuenan sin duda alguna las famosas palabras del apóstol Pablo en su Primera epístola a los Corintios, que siempre han sido la base y la justificación de la gesta de «la necesidad sobre Cristo (*υποδσμβα ο Χρυσμε*)»: «Si alguno de vosotros piensa ser sabio en este tiempo, que sea necio para ser sabio. Pues la sabiduría de este mundo es locura ante Dios» (1 Cor. 3:18).

Los personajes de la novela expresan diferentes puntos de vista en relación con el idiotismo del príncipe Myshkin; aquí hay una especie de disputa entre las interpretaciones. El primer personaje que se expresa sobre el idiotismo del príncipe de forma extremadamente

³ Esto no contradice la etimología científica de la palabra: eslavo antiguo: *προροκь*, de *προ-* + verbo *peký*, que es un calco del griego antiguo: *προφήτης* («adivino», literalmente «el que dice el futuro») del griego antiguo *προ-* «delante» + verbo *φημί* «decir».

negativa es Gania Ívolguin: «¡Oh! Maldito idiota, –exclamó ya completamente fuera de sí, ¡y no sabe contar nada!» (8, 75). El narrador comenta el ataque de Gania introduciendo el tema de la comprensión: «Pero precisamente es por esta furia por lo que se había cegado; de otro modo, hace tiempo que se habría dado cuenta de que este “idiota”, al que tanto denuesta, a veces con bastante rapidez y sutileza es capaz de comprenderlo todo y transmitirlo de forma extremadamente convincente» (8, 75)⁴. Keller expresa la valoración contraria del idiotismo del príncipe: «En fin, ¡no comprendo cómo os llaman idiota después de esto! –gritó Keller» (8, 259). La interpretación del positivista Ippolit se sitúa más o menos en un punto intermedio entre estas valoraciones extremas: «O es un médico, o tiene realmente una inteligencia extraordinaria y puede adivinar muchas cosas. (Pero de que él es, al fin y al cabo, un “idiota”, de ello no hay duda alguna)» (8, 323). En cierto modo, Ippolit adivina la solución: «al fin y al cabo», el príncipe Myshkin se sumerge en la locura.

El siguiente principio fundamental de la «hermenéutica» del príncipe Myshkin es el *no-juicio*, el rechazo de la subversión del valor de lo comprendido. La comprensión se realiza «por encima» de la valoración: para comprender a una persona, hay que negarse a pronunciar sobre ella un «veredicto de culpabilidad» preliminar. Condenar al otro *antes de* comprenderlo es condenarse a sí mismo *a no comprenderlo*.

Asociado al rechazo de la postura emocional del juicio está el *autodesprecio*: el príncipe Myshkin se humilla a sí mismo, se pone por debajo de los demás. Todos los lectores de *El idiota* recordarán muy bien el ataque de Aglaia en la dacha de los Yepanchín: «¿Por qué decís esto aquí? – gritó de repente Aglaia, – ¿por qué se lo decís *a ellos*? ¡A ellos! ¡A ellos! [...] ¡Aquí no hay nadie digno de tales palabras! – estalló Aglaia, – ¡aquí no hay nadie, nadie que valga lo que vuestro dedo meñique, ni vuestra mente, ni vuestro corazón! ¡Vos sois más honesto que los demás, más noble que los demás, mejor que los demás, más bueno que los demás, más inteligente que los demás! Cuantos hay aquí son indignos de agacharse y recoger el pañuelo que ahora habéis dejado caer... ¿Por qué os humilláis y os ponéis por debajo de los demás? ¿Por qué desfiguráis todo lo que lleváis en vos, por qué no hay orgullo en vos?» (8, 283).

Y, en efecto, el príncipe Myshkin carece de cualquier tipo de orgullo. ¿Por qué? El orgullo es un muro, una barrera a la comprensión; es un autocierre en sí mismo, lo que significa que el orgullo suprime, «cierra» el encuentro, condición indispensable para la

⁴ Por cierto, Gania Ívolguin pronto se da cuenta de su error y pide disculpas al príncipe: «¡Y de dónde saqué yo que vos sois un idiota! ¡Vos os dais cuenta de lo que otros nunca notarán!» (8,102).

comprensión. La humildad es la esencia de la naturaleza del príncipe Myshkin; comprende porque se acerca a todo «en paz» (*с миром*), sin arrogancia ni condena. La humildad es el sujeto, el tema en una de las dos frases-emblemas clave del príncipe Myshkin: «La humildad es una fuerza terrible» y «El mundo se salvará por la belleza». Recordemos que ambas frases clave, que en la mente del lector se asocian con el protagonista de *El idiota* y parecen expresar dos de sus más profundas convicciones, dos intuiciones de la vida, en realidad *no son pronunciadas en ningún lugar* por el príncipe Myshkin. Son frases que le atribuyen otros personajes y que, aparentemente, se pronunciaron como «más allá» de la novela, «entre bastidores» de los acontecimientos; estas frases simplemente no están en el texto como frases «de autor» del príncipe. Notemos algo importante sobre el estatus de tales frases: a mi entender, son un signo de una síntesis particular, *de un encuentro* en las novelas de Dostoievski de la propia narrativa novelística con la realidad fuera de la novela: parece paradójico, pero es como si en la novela de Dostoievski también ocurrieran hechos que en realidad se encuentran fuera del texto de la novela. Estas importantes frases ideológicas las escuchamos no del príncipe Myshkin, sino de Ippolit Teréntiev, un joven de 18 años enfermo de tuberculosis, uno de los ideólogos suicidas del mundo de Dostoievski. En «Mi necesaria explicación» (uno de los muchos «textos en el texto» de las novelas de Dostoievski), encontramos la siguiente nota, puesta entre paréntesis: «(NB. Se dice que la humildad es un fuerza terrible; hay que preguntárselo al príncipe, es su propia expresión)» (8, 329). El mismo Ippolit Teréntiev introduce también la segunda frase-emblema: «¿Es cierto, príncipe, que una vez dijisteis que la “belleza” salvará al mundo? Señores –gritó, en voz alta, a todos,– ¡el príncipe afirma que la belleza salvará al mundo! [...] ¿Qué belleza salvará al mundo? A mí me lo contó Kolia...» (8, 317).

Sigamos con atención la lógica de la declaración. El príncipe Myshkin le dijo a Kolia Ardaliónovich (no está claro ni dónde, ni cómo, ni en qué circunstancias reales, pero, en cualquier caso, esto tiene lugar «más allá» de la novela como tal) y éste se lo dijo a Ippolit Teréntiev (de nuevo, no está claro ni cuándo, ni dónde), que espera la confirmación del príncipe, mas no la recibe. En este caso, se puede hablar de una especie de juicios particulares como «de conjunto», es decir, de los juicios de un grupo conocido de personajes; en cierto sentido, se puede hablar de «valoraciones (juicios) conciliares» de los personajes.⁵

⁵ Sobre la fórmula «La belleza salvará el mundo», véase más detenidamente Розенблюм 1991, Новикова 2007 y Димитров 2019.

Y, por último, pero no menos importante, notemos todavía que tanto *la compasión* (*сострадание*) como *la simpatía* (*сочувствие*) se encuentran entre las condiciones de la «hermenéutica» del príncipe Myshkin. Él comprende a la gente porque siente compasión y simpatía por ella, el príncipe es capaz de ponerse en el lugar del otro y mirar el mundo a través de sus ojos: «Yo también estuve en esta situación antes de ir a Suiza [...] Lo comprendo; puedo simpatizar mucho, porque yo era casi igual, ¡y sé muy bien de lo que hablo!» (8, 229). El príncipe es compasivo porque no puede ser de otra manera; está convencido de que «la compasión es la más importante y quizá la única ley de la existencia de toda la humanidad» (8, 192). Sin embargo, esto tiene su reverso: la compasión-piedad del príncipe Myshkin por Nastasia Filíppovna es, sin duda alguna, una ayuda para la comprensión, pero no para el amor. Tienen razón los que afirman que tanto el príncipe como Rogozhin la mataron con su «amor»: Rogozhin con su ciega pasión, el príncipe Myshkin con su compasiva impasibilidad...

De esta forma, dotado de una capacidad de penetración poco común, el príncipe Myshkin comprende, porque es inocente y de alma infantil, dotado de humildad y compasión, y con su enfermedad (idiotismo) está «en el umbral», en un punto «fuera de lugar» en relación con los personajes y las situaciones que comprende.

La comprensión excesiva y desmesurada del príncipe Myshkin no es sorprendente; es más bien una manifestación de su esencia: «No tengo gestos decorosos, ni sentido de la proporción» (8, 283). Además, el príncipe tiene serias dudas sobre su capacidad para comprender a la gente: «Es difícil descifrar gente nueva en una tierra nueva», porque «el alma ajena es un enigma» (8, 190). De un modo u otro, la comprensión está siempre asociada a una especie de «veredicto», por lo que, en su monólogo interior, el príncipe se formula una importante pregunta: «¿Por qué se ha comprometido a juzgarlos de forma tan tajante, apareciendo hoy, por qué pronuncia tales veredictos?» (*ibíd.*). La comprensión está siempre asociada con una especie de malentendido; la comprensión plena se convierte en su contrario, en «el dictamen final».

A lo ya expuesto, podemos añadir todavía algunos detalles más.

En *El idiota* se presta una gran atención al rostro humano, a los ojos, a la mirada y a su profunda conexión con la comprensión: «Miré su rostro y lo comprendí todo» (8, 55), dice el príncipe Myshkin de un condenado a muerte. Sin duda, a Dostoievski también le interesaba esta problemática a un nivel más general, más filosófico: «Pero, sin embargo, olvidé la vieja regla: no es el objeto lo que importa, sino el ojo: si tienes un ojo, encontrarás el objeto, si no

tienen un ojo, estarán ciegos y no encontrarán nada en ningún objeto. Oh, el ojo es una gran cosa: lo que en un ojo es un poema, en el otro es una rima...» (23, 141).

El príncipe penetra en la persona con su mirada penetrante, observando los rostros y los ojos de la gente: «Ahora miro mucho a los rostros» (8, 65). Y, en efecto, como recordará el lector, el príncipe Myshkin «adivina» (*загадывает*) frente a los rostros de los Yepanchín (8, 65-66), frente al retrato de Nastasia Filíppovna (8, 31-32), etc. No es de extrañar que, en un pasaje de la novela, el príncipe Myshkin, al responder a la pregunta de Lizaveta Prokófievna, relacione directamente la comprensión con la vista: «veo y comprendo» (8, 265). Aquí se refleja una cierta convicción universal (que, por supuesto, no se puede confirmar científicamente) de que el rostro es una especie de «concentración», una manifestación visual de la personalidad del hombre y los ojos son la «entrada» a su alma. Con su mirada, una persona reconoce instantáneamente a otra y a través de sus ojos penetra en su alma. En este sentido, el ejemplo más llamativo es el extraordinario encuentro y reconocimiento mutuo del príncipe Myshkin y Nastasia Filíppovna. Recordemos su primer diálogo:

- ¿Y cómo reconocisteis que era yo?

- Por el retrato y...

- ¿Y también?

- Y también, porque así me había imaginado que seríais exactamente... Creía haberos visto en algún sitio.

- ¿Dónde? ¿Dónde?

- Vuestros ojos los he visto en algún lugar... ¡pero esto no puede ser! Yo lo he dicho...yo nunca he estado aquí. Tal vez en sueños... (8, 89-90).

En este caso, es posible que se trate de «una inconsciencia anamnésica» (Laut 1996, 83-84). En la novela hay otros casos de *déjà-vu*, pero siempre enlazados con la relación del príncipe Myshkin con Nastasia Filíppovna. Así, por ejemplo, cuando el príncipe está leyendo la carta de Nastasia Filíppovna a Aglaia, se le ocurre que «todo esto lo había sentido y previsto antes; incluso le parecía como si ya lo hubiera leído todo hacía muchísimo tiempo y todo lo que había estado anhelando desde entonces, todo lo que le atormentaba y temía, todo se hallaba en esta carta que había leído hacía tiempo» (8, 378). Sin duda, el príncipe Myshkin comprende a Nastasia Filíppovna porque él ya la «conoce».

Aparentemente, el autor se refería a algo diferente al «inconsciente anamnésico». Tanto el príncipe Myshkin como Nastasia Filíppovna son criaturas de ambos mundos; los acontecimientos de la novela se desarrollan simultáneamente en dos planos. El *encuentro*

entre el príncipe Myshkin y Nastasia Filíppovna es un «encuentro místico de dos exiliados del paraíso» (Mochulski 1995: 407).

Al mismo tiempo, la brecha entre los dos planos de la existencia del príncipe Myshkin está nítidamente delineada: en el primer plano, en la vida ordinaria, en la narración, es un tonto gracioso y casi un bufón; en el segundo plano, en el plano del ser y de la autenticidad de la existencia, el príncipe Myshkin es un verdadero sabio y un predicador (véase Mochulski 1995: 404). Con su «mente superior» (8, 356), el príncipe asciende a una contemplación mística del mundo en Dios, a su visión del paraíso (8, 351-352). El santo loco puede prever el paraíso, pero es incapaz de señalar el camino hacia él. El príncipe Myshkin no siente el mal, por eso *no lo comprende*; y no lo comprende porque es ajeno *al sentido del mal*. Más aún: «el príncipe es una criatura de otro eón, de antes de la Caída: tiene un destino diferente, por eso en su imagen hay una extraña diafanidad e imperceptibilidad» (Mochulski 1995: 406). La incompletud en este mundo de este ser «de otro mundo» está sin duda asociada a su asexualidad: «No conozco a las mujeres a causa de mi enfermedad congénita» (8, 14). Aquí, en el primer encuentro del príncipe Myshkin y Rogozhin y en el primer diálogo entre ellos, se encuentra en germen toda la tragedia de la novela.

La comprensión que el príncipe Myshkin tiene de la gente es una comprensión como si fuera *desde allí*, desde el paraíso y *a la luz del paraíso*; tal comprensión y relación con el mundo se encuentra de manera comprensible con la incompreensión y las objeciones de los que le rodean: «Querido príncipe [...] el paraíso en la tierra no es fácil de alcanzar; y, sin embargo, vos contáis con el paraíso de alguna manera; el paraíso es una cosa difícil, príncipe, mucho más difícil de lo que le parece a vuestro hermoso corazón» (8, 282), señala de manera clarividente el príncipe Sh.

La comprensión no se da de inmediato, de repente; en ella la perfección es inconcebible: «no se comprende todo de inmediato, ¡no se empieza directamente con la perfección! ¡Para alcanzar la perfección, primero es necesario comprender muchas cosas! Y si las comprendemos demasiado deprisa no las comprenderemos bien. Os lo digo a vos, a vos que ya habéis sido capaz de comprender y... de no comprender tantas cosas» (8, 458), dice el príncipe con convicción. La totalidad de la comprensión para él sólo es posible como un proceso, como un ascenso dialéctico a través de la no-comprensión, que es como un «momento interno» de la propia comprensión.

El fundamento de la comprensión entre las personas, de acuerdo con la hermenéutica del príncipe Myshkin, es *la unidad de la naturaleza humana*, «los puntos comunes entre las

personas»: «Muy a menudo parece que no hay puntos comunes, pero sí los hay... Sucede por culpa de la pereza humana que la gente suele catalogarse entre sí por las apariencias y no es capaz de encontrar nada» (8, 24). La naturaleza humana es «encontrable», es decir, el hombre está abierto al encuentro y, por tanto, es accesible a la comprensión. La unidad de la naturaleza humana, por su parte, es la condición y la garantía de un Sentido común y único, en el «marco» del cual tiene lugar la comprensión: «el milagro de la comprensión [...] no es la comunicación misteriosa de las almas, sino una participación en el sentido común» (Gadamer 1991: 73).

El príncipe Myshkin busca los «puntos comunes entre las personas» y los encuentra porque tiene una especie de experiencia común con la persona a la que comprende. «Para comprender es necesario poseer un terreno común, debe haber alguna experiencia común», afirma el filósofo religioso S. Joruži de acuerdo con los Padres de la Iglesia (Dimitrov 2016, 113).

Y, por último, conviene señalar que el príncipe Myshkin conoce la experiencia de la dualidad en el pensamiento, es decir, la presencia de «pensamientos dobles»: «Dos pensamientos se juntan, esto sucede muy a menudo. A mí me pasa continuamente. Yo, sin embargo, pienso que esto no es bueno y, sabéis, Keller, en ello siento el mayor reproche. Vos mismo me lo acabáis de contar. A mí a veces incluso se me ha ocurrido pensar [...] que todos los hombres eran así, de manera que yo empezaba a sentirme justificado, porque es terriblemente difícil luchar con estos pensamientos *dobles*; lo he experimentado. Dios sabrá cómo vienen y se originan» (8, 258). Y a continuación: «El príncipe miró a Keller con extrema curiosidad. La cuestión de los pensamientos dobles, por lo que se ve, le había ocupado ya durante mucho tiempo» (8, 259).

Como se observa, el problema del «pensamiento doble» es relevante para nuestro tema de la comprensión: el principio de la dualidad da «volumen» a la comprensión, garantiza la plenitud de la aprehensión: una palabra o un gesto determinado se capta de inmediato como si prendiera «por dos lados». Por otra parte, en este contexto se pone de manifiesto otra característica del príncipe Myshkin a quien llamaríamos un asceta simbolista-naturalista.

Es importante señalar que la imagen del príncipe Myshkin no se construye sobre la base de la oposición «exterior-interior», es decir, su mundo interior no se revela en contradicción y en oposición a su comportamiento discursivo, sino que se expresa directamente en él. En otras palabras, no hay aquí una frontera infranqueable entre el mundo «nouménico» y el «fenoménico» del príncipe, entre la «esencia» y el «fenómeno». El príncipe

es tal como aparece, es decir, filosóficamente hablando, su esencia se manifiesta directamente en el fenómeno, es idéntica a él. El general Yepanchín lo señala dos veces al principio de la novela: «Si vos sois en realidad el que parecéis ser» (8, 24); «Si vos sois un hombre tan sincero y de corazón como parece por vuestras palabras» (8, 30).

Al final, es más que lógico preguntarse: ¿por dónde pasan los límites de la comprensión del príncipe Myshkin? ¿Qué es lo que él *no* comprende?

En Suiza, durante los tres años de «paraíso infantil», el príncipe Myshkin «no podía comprender cómo anhelan los hombres y por qué anhelan. Todo mi destino ha ido hacia ellos» (8, 64). El anhelo humano es «el campo de actividad» del príncipe Myshkin y su medio es la comprensión.

El príncipe Myshkin *no* comprende que Nastasia Filíppovna le ame, ni tampoco comprende a Rogozhin que le explica la situación:

¡Bueno, tal vez realmente no lo comprenda, jeje! Dicen de ti que eres... *eso*. Ella ama a otra persona, ¡compréndelo! Así como yo la amo ahora, ella ama a otra persona. ¿Y sabes quién es este otro? ¡Eres tú! ¿Acaso no lo sabías? (8, 179).

Precisamente del mismo modo, el príncipe Myshkin *tampoco* comprende el amor de Aglaia. Evgueni Pávlovich le explica: «Aglaia Ivánovna amaba como mujer, como ser humano y no como... un espíritu abstracto. Sabéis qué, mi pobre príncipe: es muy probable que nunca hayáis amado ni a una ni a otra» (8, 484). El príncipe Myshkin no ama ni a Nastasia Filíppovna, a quien admira por su perdición, ni a Aglaia, a quien admira por su pureza.

La «inocencia», la impotencia del príncipe Myshkin es un signo de su deficiencia metafísica. El príncipe, como se ha dicho, no siente el mal; *no* comprende la culpa de Nastasia Filíppovna porque la ha tomado como inocente y, por eso, *no* la comprendía. Ver y comprender a las personas siempre y a toda costa *a la luz del paraíso* no sólo es «irreal» e injusto, sino que en cierto modo incluso es cruel con ellas; tal visión y comprensión, como resulta en la novela, es la clave, la base de la tragedia vital ocurrida.

En realidad, *toda persona* comprende; en cierto sentido, la persona «comprende» también con su propio cuerpo. Así, la comprensión en el amor es *el amor mismo*, no un acto sobre él, no una «penetración» en él: el amante comprende a la amada amándola, no analizándola. La pregunta trivial, «¿me comprendes?» es un signo o del principio del fin del amor o de una «fisura» irreparable en él; los amantes se comprenden en silencio, más allá de las palabras y del conocimiento.

Lo mismo podemos decir de la «comprensión en general», habiéndolo explicado de manera precisa Florenski:

Creemos y reconocemos que no es a partir del diálogo que nos comprendemos mutuamente, sino por la fuerza de la comunicación interior y que las palabras contribuyen a la agudización de la conciencia, a la conciencia de un intercambio espiritual que ya ha tenido lugar, pero no producen por sí mismas este intercambio. Reconocemos la comprensión mutua y los más sutiles y a menudo inesperados impulsos de sentido: pero esta comprensión se establece sobre el fondo general de un contacto espiritual ya producido. (Florenski 1973, 353-354).

El príncipe Myshkin tiene contacto espiritual con personas de «otros mundos», a las que comprende «por la fuerza de la comunicación interior», pero al nivel de la conciencia sólo da en palabras la «forma» de esta comprensión. El príncipe Myshkin tiene su propia hermenéutica, que se revela *en el horizonte* de la hermenéutica filosófica del siglo XX, pero que no se identifica con ella.

Resumamos. En contra de la extendida opinión de que «el hombre comprende sólo lo que él mismo puede hacer», Dostoievski defiende que el hombre comprende sólo lo que él mismo *no* puede hacer. El hacer, las operaciones y manipulaciones de las cosas (¡por no hablar ya de las personalidades!), la existencia de un «algoritmo de las acciones»: todo esto es contrario a la comprensión. Lo que una persona hace, lo hace como «desde sí mismo», como una extensión de su cuerpo y su personalidad: Miguel Ángel no comprende a su David, sino que lo «saca» a la luz de un bloque de mármol de Carrara; una madre no «comprende» a su hijo, porque es uno con él.

Así pues, la comprensión, según Dostoievski, no se realiza en la vanidad del hacer y en la ruidosa argumentación de las cosmovisiones, sino en el tenso silencio de los acontecimientos (*события*), de la co-existencia (*со-бытия*)⁶ y el encuentro: comprende el que sufre con el otro (*со-страдаем*), el que piensa con el otro (*со-мыслим*), el que siente con el otro (*со-чувствует*), el que va al encuentro.

Y lo más importante: la comprensión a un nivel profundo está relacionada con la aceptación; por eso no es un acto cognitivo «puro», sino un gesto cognitivo-existencial. *Sólo somos capaces de comprender lo que podemos aceptar.*

⁶ El autor está jugando con la composición de la palabra «событие». «Бытие» puede significar en ruso tanto «ser» como «existencia». [Nota del traductor]

La novela *El idiota* también contiene una «lección» inesperada para sus lectores: no todo en la vida está relacionado con la comprensión, *el hombre no es un texto*. Pues, como dijo el mismo Dostoievski, «el hombre es un misterio».

BIBLIOGRAFÍA

Гадамер, Г.-Г.: *Актуальность прекрасного*. М.: Искусство, 1991.

Димитров, Э.: «Онтопоэтика Достоевского» // *Достоевский в смене эпох и поколений: сборник материалов Международной научной конференции (Омск, 13–15 октября 2011)* = *Dostoyevsky's works through the succession of ages and generations: collection of the articles of International conference (Omsk 13–15 October, 2011)* / Отв. ред. О.С. Иссерс, Е.А. Акелькина. Омск: „Образование Информ“, 2011. С. 28–34.

Димитров, Э.: «„Встреча“ у Достоевского» // *Достоевский и мировая культура*. № 29. СПб.: Серебрянный век, 2012. С. 122–130.

Димитров, Е.: *“Като на изповед...”: руски беседи*. С.: Изток-Запад, 2016.

Димитров, Е.: «„Красотата ще спаси света“: формула и смисъл» // *Философски алтернативи*. 2019. № 3. С. 21–34.

Евангелие Достоевского в 2-х тт. Т. 2: Исследования. Материалы к комментарию. М.: Русский мир, 2010.

Иванов, В. И.: *Собрание сочинений в 4-х тт.* Т. 4. Брюссель: Жизнь с Богом, 1987.

Лаут, Р.: *Философия Достоевского в систематическом изложении*. М.: Республика, 1996.

Махлин, В.: «„Ты еси“: Достоевский между Вяч. Ивановым и М.М. Бахтиным» // Вяч. Иванов: pro et contra. Личность и творчество Вячеслава Иванова в оценке русских и

зарубежных мыслителей и исследователей. Антология. Т. 2. СПб.: Изд-во Русской христианской гуманитарной академии, 2016. С. 50–76.

Мочульский, К.: *Достоевский: жизнь и творчество* // Мочульский К.: *Гоголь. Соловьев. Достоевский* / Сост. и послесл. В. М. Толмачева. М.: Республика, 1995. С. 219–562.

Новикова, Е.: «„Мир спасет красота“ Ф.М. Достоевского и русская религиозная философия конца XIX – первой половины XX вв.» // *Достоевский и XX век*. Под ред. Т. Касаткиной. Т. 1. М.: ИМЛИ-РАН. С. 97–123.

Розенблюм, Л.: «„Красота спасет мир“ (О „символе веры“ Ф.М. Достоевского)» // *Вопросы литературы*. 1991. № 6. С. 142–180.

Флоренский, П. А.: «Строение слова» / С коммент. С.С. Аверинцева // *Контекст*. 1972. Литературно-теоретические исследования. М.: Наука, 1973. С. 344–375.

Traducción de Jordi Morillas